

Queridos hermanos y hermanas,

Hay un himno litúrgico del tiempo ordinario donde va narrando parte del evangelio de hoy, y después de cada estrofa dice: *"Rehuyan el exceso de celo y los juicios temerarios"*.

¡Qué rápidos somos para juzgar! ¡Para poner etiquetas! ¡Y a partir de una impresión superficial, hacernos un juicio!... ¡Y cuántas veces nos ha pasado que conocemos un poco a la persona, y nada a ver con lo que de entrada nos había parecido!! ¡Nos ha pasado a todos!!

"Rehuyan el exceso de celo y los juicios temerarios".

La parábola del trigo y la cizaña, es una parábola de juicio. Sorprende la respuesta del amo del sembrado a los criados cuando ellos hablaban de separar el trigo (aquello que es bueno) de la cizaña (aquello que es malo) : *"No, que, al arrancar la cizaña, podríais arrancar también el trigo"*. ¡Gran lección!! No nos toca a nosotros separar, juzgar, decidir qué es bueno y qué es malo... En cambio, nosotros a la primera de cambio: juicio y sentencia.

"Rehuyan el exceso de celo y los juicios temerarios".

¡Qué rápidos somos para juzgar! ¡Para poner etiquetas!
¡A hacernos un juicio!...

"Rehuyan el exceso de celo y los juicios temerarios".

Segunda idea: Siempre me ha gustado de una manera especial la parábola de la levadura que fermenta toda la pasta. Una cosa pequeña que transforma aquello que lo rodea que es mucho más grande.

Todos conocemos personas-levadura, personas que son levadura... Personas que transforman el entorno donde están. Nosotros estamos llamados a ser personas-levadura que fermentamos, transformamos, toda la pasta, la realidad que nos rodea.

En la misa que se hace por los laicos, que a mí me gusta mucho hacer, y que hoy estamos haciendo, una de las oraciones dice: *"haz que, ... , tus siervos, a los que no dejas de llamar al apostolado, impregnen el mundo del espíritu de Cristo y sean el fermento de su santificación"*. Somos fermento, levadura, que santifica, que transforma lo que nos rodea, que produce santidad.

Qué imagen más bonita... el laico, en medio del mundo, de la sociedad, de la vida diaria, y desde allí transformando el mundo.

Está muy bien colaborar con la parroquia, ser voluntario de Cáritas, catequista o lo que sea. Muy bien. Pero no todos son llamados a hacerlo. En cambio, este ser fermento santificador, ésta llamada a transformar el entorno donde Dios nos ha puesto, es una llamada de todos.

Ante la Parábola que Jesús nos dirige es preciso preguntarse: ¿Soy fermento? ¿Transformo el ambiente? ¿En mi entorno crece el Reino de Dios? ¿Dios reina cada vez más en el corazón de los que me rodean?

No seamos una levadura que no fermenta.
No seamos una levadura que lo deja todo igual.

¿Y cómo lo hacemos? ¡Lo primero siempre es rezar! Pedir la gracia de ser levadura. Dialogar con Jesús qué quiere decir levadura en mi vida cotidiana.

Podemos ser levadura de maneras muy sencillas: Conozco gente que ha cambiado de vida por una película.

Conozco gente que ha cambiado de vida por repetir, sin fe, una frase antes de ir a la cama, "Si existes, Dios, dame fe". Se lo había propuesto un amigo.

Conozco gente que ha cambiado de vida por un libro que le habían dejado.

Conozco gente que ha cambiado de vida ante una pregunta que le dejan caer: "Si tanto amas a Dios: ¿por qué no vives sus enseñanzas?"

Pienso que si nos lo pensamos un poco no es tan difícil ser levadura... Es necesario rezar y pensar un poco y hacer el paso. ¡Son pequeñas semillas, que el Señor puede hacer crecer! Amén.